

mundial y que una sola palabra de su boca es la Gloria, y no quieren, no desean, no piden otra cosa, en premio de sus días sin par y de sus noches con frío, que el regalo de sus labios adorables.

¡Oh Suprema Inconstante! parecen decirle, igual que Verlaine a su fogosa amiga:

Va, l'étreinte jalouse et le spasme obsesseur ne valent pas un long baiser, meme qui mente!

Hace dos meses, recién descubierto el robo, no se hablaba de otro asunto. Los diarios ofrecían a la curiosidad general planas enteras de minuciosa información o publicaban los juicios conocidos sobre la obra capital de Leonardo (desde las antiguas noticias de Vasari hasta los ditirambos de Gautier); el público prefería a los dramas rocambolescos e historias escabrosas, las páginas que ha escrito un novelista eslavo sobre el Renacimiento italiano; el lápiz de los humoristas sacaba partido del tema para sus mordientes caricaturas en periódicos y anuncios; los vendedores de postales no se daban punto de reposo ofreciendo el retrato de la sonriente Monna Lisa; en los teatros los números de canto abundaban en alusiones *al rapto* y

hasta los pobres troveros ambulantes decían, ayudados de sus lamentables guitarras, el encanto de la divina fugitiva...

La sonrisa que después de cuatro años de trabajo, hizo florecer Leonardo como una extraña rosa de misterio en el rostro de la bella florentina, llegó a constituir casi una obsesión. No había lugar en cuyas ventanas no sonrieran los labios enigmáticos. París unánime se dolía de la pérdida de su tesoro artístico porque París amaba a la Gioconda. Quizá por las mismas razones que tenía Ruskin para aborrecerla: ella representaba el alma irónica y sutil de esta ciudad.

Todo eso ha pasado. Ya nadie habla de la Gioconda. Lutecia no se acuerda de su querido retrato. Su corazón, antes apenado, ha vuelto a latir contento como un pájaro loco y sus ojos que hace poco nublaban las lágrimas, sonríen ahora, llenos de promesas, malicias y dulzuras a la formación de otras visiones.

En el primer momento, cuando desapareció la Gioconda, se dijo: he perdido mi sonrisa y se echó a llorar lo mismo que cualquier chiquilla romántica. Pero al rato recordó que le quedaba la suya.....

Al partir el maestro Zambrana

El doctor Zambrana deja el sillón de la Magistratura que ha ilustrado con tantas proezas de talento, y después de seis lustros consagrados a la difusión de la cultura nacional, al progreso y mejoramiento de las instituciones patrias, a las desinteresadas devociones del arte, vuelve a tomar el bastón de peregrino que le acompañó en sus primeros pasos y que ahora parecía olvidado en la estancia de cariño que le hemos construido los costarricenses. Vuelve a emprender—defendida su cabeza pensadora por el yelmo de los años—los rumbos de una incierta peregrinación, cuando sus esfuerzos le tenían ganado el derecho

al reposo, cuando el afecto popular disponíase a asistir solícito, en pago de la deuda con el Maestro contraída, los desmayos de su vejez radiosa, esperando con doloroso interés la hora en que debía pedir al valiente caballero del Ideal, como reliquia de gloria o amuleto de prestigio, sus huesos, para abonar con ellos el suelo de la Patria y erigir sobre esa tumba un monumento a su memoria excelsa. Pero he aquí que los pequeños odios de bandería, los enconos añejos de pasadas campañas electorales, le niegan gozosos la cortesía que se le debe y que para otros casos, menos merecidos talvez, han dispensado con